
Richard SWINBURNE, *La existencia de Dios*, traducción y presentación de Sixto Castro Rodríguez, Salamanca: San Esteban, 2011, 409 pp., 16 x 24, ISBN 978-84-826-0250-9.

Este libro es un modelo de texto dentro de la tradición analítica sobre un tema filosófico. Richard Swinburne es uno de los filósofos británicos que antes y con más extensión ha desarrollado la *Theological Philosophy*. La tercera edición inglesa de 2004, que ahora se traduce, mejora sustancialmente las anteriores. Es preciso advertir de entrada que el lector se encuentra con un libro de metafísica, es decir, de un pensamiento riguroso sobre un tema de la máxima importancia humana. En estas páginas se observa una atención cuidadosa tanto a los temas como a la exposición clara de las ideas. Quizá por esa razón abundan las definiciones. Por ejemplo, el tema central, la existencia de Dios, se expone así: «Considero que la proposición “Dios existe” (y la proposición equivalente “hay un Dios”) es lógicamente equivalente a “existe necesariamente una persona sin cuerpo (es decir, un espíritu) que necesariamente es eterna, perfectamente libre, omnipotente, omnisciente, perfectamente buena y creadora de todas las cosas”» (p. 24). El libro desarrolla de modo lineal la cuestión de la existencia de Dios mostrando a la vez todos sus recovecos. No se trata de una exposición histórica, sino de un desarrollo sistemático en el contexto de una tradición determinada, en la que existen temas, argumentos y presupuestos que son insoslayables.

El objetivo del libro se expone con meridiana claridad desde el inicio: «Defenderé que, aunque la razón puede alcanzar una conclusión bastante bien justificada sobre la existencia de dios, puede alcanzar sólo una conclusión probable y no indudable» (p. 18). Pero, para evaluarlo correctamente, es preciso advertir los presupuestos. El más relevante para la argumentación del libro es la teoría de la confirmación, desarrollada en los años 60 por Mackie a partir de la teoría de la probabilidad.

En este punto se centra, en buena medida, la originalidad del argumento de Swinburne. Permítaseme señalar que la metafísica se concibe como una continuación de la ciencia empírica. Y es la ciencia la que suministra criterios y procedimientos para avanzar en el saber. «La historia de la ciencia revela que, en ausencia de conocimiento antecedente, ese criterio es básicamente el criterio de simplicidad. Sin usar este criterio no podríamos hacer progreso al-

guno en absoluto en la investigación racional. *Simplex sigillum veri* (“lo simple es el signo de lo verdadero”) es un tema dominante de este libro» (p. 79). De ahí que en el capítulo conclusivo afirma: «La probabilidad intrínseca del teísmo parece depender principalmente precisamente de hasta qué punto el teísmo es una teoría simple» (p. 373). Pero continuidad no significa identidad: la metafísica, aunque sea también explicativa, tiene su propio campo donde la ciencia no puede llegar (cfr. p. 94).

Por otro lado, la reflexión sobre la ciencia permite establecer las premisas de tal modo que también los que están en contra de la conclusión puedan entrar en diálogo y manifestar con precisión sus posibles desacuerdos. Además permite discutir los mismos presupuestos, en este caso la comprensión fundacionalista e inductivista de la ciencia. En este sentido podría decirse que el autor pertenece a la estirpe empirista.

No es este un tema ciertamente menor. Se trata del punto *dolens* que le separa, por ejemplo, de otro conocido filósofo americano mucho más inclinado por la lógica formal que por la teoría de la ciencia, como es Plantinga. Ambos estarían de acuerdo en que «la finalidad de los argumentos es llevar a la gente, en la medida en que son racionales, a aceptar conclusiones» (p. 25). Sin embargo, y a pesar de lo anterior, la argumentación probabilista *a posteriori* no puede ser exclusiva, porque «el determinante crucial de la probabilidad previa del teísmo debe ser la simplicidad» (p. 92) y la simplicidad es un asunto *a priori*, puesto que se trata de un rasgo interno a la teoría (cfr. p. 72). Por ello el autor dedica muchas páginas a establecer una formulación del teísmo que revele la simplicidad de la teoría teísta y su poder explicativo.

Y sin embargo, dado que «no se puede deducir nada lógicamente contingente de nada lógicamente necesario... Dios es un ser lógicamente contingente, aunque quizá necesario de otros modos» (p. 100). «Si un argumento para la existencia de Dios, a partir, por ejemplo, de la existencia de un universo físico complejo fuese deductivamente válido, entonces sería incoherente afirmar que existe un universo físico complejo y que Dios no existe... El ateísmo parece ser una suposición consistente con la existencia de un universo físico complejo, tal como nuestro universo» (pp. 158-159). De ahí que «no puede haber ninguna explicación absoluta de la existencia del universo» (p. 171). El asunto es importante, ya que preside el balance de la argumentación desarrollada (cfr. pp. 368-369). Encuentro esta argumentación débil: depende de una interpretación exagerada de lo que es un buen argumento y de lo que es una buena deducción.

Otro rasgo importante de la argumentación es su carácter acumulativo. Este carácter viene en buena medida exigido por la argumentación probabilista elegida: en definitiva la tarea del filósofo que haya elegido este modo de razonar es clara: «dedicaré la mayor parte de mi tiempo a evaluar la fuerza inductiva de tales argumentos» (p. 31). Esto acentúa extraordinariamente la unidad literaria y argumentativa de estas páginas y les confieren una particular fuerza frente a los argumentos ateos.

La argumentación que se propone tiene una característica lógica esencial: es una argumentación *a posteriori* según la cual se afirma «que algo que los humanos experimentan es razón para creer que hay un Dios o que no hay un Dios» (p. 26). A partir de ahí se expone el tipo de explicación que se busca: «Todos [los argumentos *a posteriori*] pretenden ser argumentos para una explicación (causal) de los fenómenos descritos en las premisas en términos de la acción de un agente que provocó intencionalmente esos fenómenos» (p. 38). Y de ahí, la forma de la conclusión del argumento: «O bien el teísmo o algo semejante es verdadero, o bien los fenómenos son simplemente hechos brutos inexplicables, el punto en que se detiene la explicación» (p. 95).

El autor estudia en primer lugar el argumento cosmológico. «Para explicar la existencia del universo, hay que introducir la explicación personal, y una explicación dada en términos de una persona que no es parte del universo y que actúa desde fuera» (p. 166). Y concluye: «Hay bastantes posibilidades de que si hay un Dios, él hará algo de la finitud y complejidad de un universo. Es muy improbable que un universo exista incausado, pero bastante más probable que Dios exista incausado. Por ello, el argumento que parte de la existencia del universo para la existencia de Dios es un buen argumento C-inductivo (que es en el que las premisas hacen más probable la conclusión que si fuera de otro modo)» (p. 175).

A continuación estudia el argumento por el orden y la finalidad. «El orden del universo al que presto atención aquí es su conformidad a fórmulas, a leyes científicas simples y formulables. El orden del universo a este respecto es un hecho muy sorprendente respecto al mismo» (p. 178). «Sería muy improbable que hubiese, en un universo sin Dios, leyes de la naturaleza lo suficientemente simples como para que los seres racionales extrapolasen desde el pasado al futuro con éxito» (p. 189).

En tercer lugar, expone el que se ha llamado «argumento del ajuste fino». «Defenderé que el que las leyes y las condiciones iniciales sean tales como

para conducir a la evolución de los cuerpos humanos es muy improbable *a priori*, pero bastante probable si hay un Dios que las produjo, y así tenemos un importante argumento C-inductivo adicional para la existencia de Dios» (p. 197). «Si sólo un espectro muy estrecho de leyes y condiciones iniciales permite tal evolución, entonces podemos decir que el universo está “finamente ajustado” para esta evolución» (p. 197).

Luego se desarrollan los argumentos a partir de la conciencia y de la moralidad. «Dios tiene razones significativas para producir seres conscientes con conciencia moral... La razón para que Dios dote a los humanos de conciencia moral es darles una opción libre entre el bien y el mal... Por ello, el hecho de la conciencia moral proporciona un buen argumento C-inductivo más para la existencia de Dios» (p. 247).

A estos le sigue el argumento a partir de la providencia divina. Me parece significativo del estilo del autor el siguiente párrafo: «Es especialmente bueno que las personas tengan la oportunidad de ayudar a los otros y mostrar su preocupación por los otros cuando los otros están en su punto más bajo. Es un privilegio que alguien pueda cuidar del débil, ayudar al enfermo y hablar con el que está solo... El mundo es tal que la colaboración, el compañerismo y el servicio de tales clases diversas es útil, da placer y se quiere por sí mismo. Es bueno también que el mundo sea tal que exista la oportunidad de una clase de cooperación entre mucha gente durante muchas generaciones para acumular el conocimiento humano y ampliar el poder humano» (p. 254).

Inmediatamente se introduce en la consideración del mal en relación a la existencia de un Dios bueno y omnipotente. «Un modo formal plausible de captar esta condición es decir que... es probable que el bien será mayor que cualquier mal necesario para obtenerlo» (p. 269). A este primer argumento se une el de la necesidad del mal para el conocimiento: «Sin males naturales... nuestra capacidad para hacer elecciones libres significativas quedaría enormemente disminuida... Los males naturales son necesarios... para que los agentes tengan este conocimiento sin estar privados del bien de la respuesta racional a la evidencia, y de la búsqueda racional» (p. 277). «La racionalidad es una cualidad por la cual merece la pena pagar un precio considerable» (p. 288). Ahora bien, el mal que Dios tiene derecho a permitir tiene límites si consideramos que Dios sigue siendo bueno. Pero, aunque la cantidad de mal puede compensarse con otras consideraciones, estas reducen la simplicidad del teísmo y, por tanto, su probabilidad antecedente.

Los siguientes capítulos están dedicados a considerar los argumentos a partir de la historia y de los milagros y la experiencia religiosa. El planteamiento de Swinburne es sugestivo: no pretende demostrar que Dios actúa, sino que si existe hay determinadas cosas en la historia que se explican con más sencillez. Es decisivo realmente si existe Dios o no.

«El argumento de la experiencia religiosa afirma que estas han ocurrido con frecuencia: muchos han experimentado a Dios y por ello conocen y pueden hablarnos de su existencia» (p. 329). Tener una experiencia religiosa significa que «el que le parezca que Dios está presente está de hecho causado porque Dios está presente» (p. 333). Pero, ¿tiene algún valor evidencial esta experiencia? Swinburne propone el principio de credulidad: «es un principio de racionalidad que (en ausencia de consideraciones especiales), si le parece (epistémicamente) a un sujeto que x está presente (y tiene alguna característica), entonces probablemente x está presente (y tiene alguna característica); lo que uno parece percibir es probablemente así» (p. 340).

La conclusión del libro se enuncia ya casi en el inicio, lo cual permite orientarse en la lectura de tantas páginas que tratan temas tan dispares con tanta especificidad. «Para adelantar algunas de mis conclusiones,... afirmaré que la mayoría de los argumentos (tomados separadamente y en conjunto) para la existencia de Dios son buenos argumentos C-inductivos... La cuestión crucial, sin embargo, es si todos los argumentos tomados en conjunto hace probable que Dios exista, si el equilibrio de toda la evidencia relevante favorece la afirmación del teísmo o no» (p. 31). Y en la última página, introduce una valoración levemente diferente: «El testimonio de muchos testigos de experiencia aparentemente de Dios basta para hacer muchas de estas experiencias probablemente verídicas. Es decir, la evidencia de la experiencia religiosa es, en ese caso, suficiente para hacer probable el teísmo en su conjunto... Un argumento para la existencia de Dios que parta de toda la evidencia considerada en este libro es un buen argumento P-inductivo» (pp. 380-381).

El balance de la lectura de este libro sólo puede ser positivo. Se trata de un libro bien estructurado, escrito con mucha claridad, lleno de consideraciones ponderadas y dotado de un amplio equilibrio. Los ejemplos resultan siempre convincentes y las anotaciones están dotadas de mucho sentido común y una cierta magnificencia.

Enrique R. MOROS